

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO.



... por acaso ha habido algún hombre cuyo genio, intrepidez y audacia, lo hayan colocado en un punto tan elevado que se necesite alzar los ojos para mirarlo, pero que muy pronto se tengan que bajar penetrado de la mas profunda admiración y respeto, es Cristóbal Colon.

Apenas puede concebir el pensamiento la idea de un hombre dotado de tanta fortaleza para arrojarle sin temor alguno por entre mares desconocidos, en cuyas saladas ondas jamás había surcado audaz quilla, en busca de países acaso imaginarios, en pequeñas y frágiles embarcaciones que apenas podrían resistir un ligero huracán; pero que sin embargo iban á arrostrar tal vez las mas furiosas tempestades: porque quién, sino Dios, sabia los vientos que reinaban en aquellos remotos mares á donde los hombres no habían osado penetrar jamás.

A pesar de lo arriesgado y terrible de la empresa, y á pesar de los obstáculos que se le opusieron para llevarla á cabo, Colon parecia tomar nuevo vigor en su resolución á cada día que se le presentaba, consiguiendo por último emprender su tan deseado como temerario viaje; viaje que iba á dar por resultado el descubrimiento de un nuevo mundo, y á cambiar completamente el estado político y civil de la Europa.

El viernes 3 de agosto de 1492, á las ocho de la mañana se dió Colon á la vela en la barra de

... mientras en la popa el cobarde murmurio despreciando de la chusma impaciente, atrás Colon imperturbable frente.

HEREDIA.

Saltes, pequeña isla formada por los brazos del rio Ofiel en el puerto de Palos, con direccion á las islas Canarias, desde cuyo punto pensaba dirigirse en linea recta hácia el Occidente. Su flota se componia de tres caravelas, de las cuales una se llamaba la Niña, otra la Pinta, y la tercera la Capitana, en la que iba el almirante Colon.

La mas profunda tristeza reinaba en Palos el día de su partida, porque la mayor parte de la tripulación era de este puerto: la ribera del mar estaba cubierta de gente que se despedia de sus parientes, llenando el aire con sus gritos, lamentaciones y gemidos: creian no volverlos á ver jamás; y las maldiciones mas execrables cayeron sobre el almirante, acusándole al mismo tiempo de visionario y ambicioso.

Antes de llegar á las islas Canarias se descajó el timon de la Pinta, lo que sintió mucho Colon, tanto mas, cuanto que creyó ser alguna estratagemá de los dueños de la embarcación para quedarse atrás y volverse al puerto de donde habían salido; pero afortunadamente avistaron las Canarias, en donde se detuvieron algunos días para reponer el timon descompuerto y poder continuar el viaje con seguridad.

En el momento en que estuvo compuesto el buque, se hicieron á la vela, procurando Colon salir cuanto antes de los límites hasta donde habían llegado los viajeros en aquellos tiempos.

Mientras los marineros pudieron ver el Pico de Tenerife, caminaron sin manifestar mucha

repugnancia; pero lo mismo fué que desapareciera de su vista, cuando un terror pánico se difundió en todos los bajeles, porque se creian separados de la tierra y de todo ser viviente. Colon los animaba diciéndoles que siguiendo via recta al Occidente, debian encontrarse precisamente con las costas de la India, y dió orden á las otras embarcaciones de que caminasen setecientas leguas en la misma direccion, en caso de que por un mal temporal se separasen, y á esta distancia se mantuviesen á la capa, porque era muy probable que se hallasen cerca de tierra.

Navegaban, nuestros viajeros con viento en popa, los buques se deslizaban suavemente sobre una mar tranquila, y en muchos días no tuvieron que mover una vela. Ya se encontraban á mas de doscientas leguas de la isla de Ferro, cuando observó Colon que la aguja en vez de señalar á la estrella del norte, se inclinaba como medio punto ó de cinco á seis grados al N. O. El almirante procuró no dar á conocer este fenómeno á sus compañeros por no atemorizarlos; pero á pesar de su reserva no tardaron mucho en saberlo, y la consternación se extendió en toda la tripulación: les parecia que hasta las leyes de la naturaleza perdian su influencia en aquellas remotas y desconocidas regiones: juzgábase abandonados de Dios y de los hombres: todo les amedrentaba, ya porque se encrespasen las olas embravecidas, ó ya porque presentase la mar una superficie tersa y trasparente.

Por último, la chusma comenzó á dar muestras de una rebelion abierta: poco á poco fué aumentando, en términos, que se atrevieron á manifestar á Colon la resolución que habían formado de no pasar adelante, y dar inmediatamente la vuelta para España. Colon se encontró en una de aquellas situaciones mas comprometidas y difíciles en que puede encontrarse un hombre; pero en las que se prueban como en un crisol los grandes genios. Trató desde luego de calmar los ánimos, ya con palabras suaves, ya con lisonjeras promesas; y por último, haciéndoles las descripciones mas pomposas y magníficas de los países que iban á descubrir; la fertilidad y riqueza de aquellas felices tierras; la abundancia que allí había de oro y piedras preciosas, y en fin, cuanto su fecunda imaginacion le pudo sugerir en aquellas circunstancias tan críticas y peligrosas.

No hay juicio ni razon en donde reina el miedo. Así es, que la tripulacion no daba oídos á los raciocinios del almirante, y exigia imperiosamente á vuelta á Europa. Entonces, Colon,

poniéndose en pié en meido de aquella multitud alborotada, con voz firme y enérgica, le dijo: „En vano queréis oponeros á la continuación de un viaje hecho por mandato expreso de nuestros católicos reyes, y no seré yo el que vuelva á presentarse á la presencia de nuestros soberanos sin poderles ofrecer un nuevo y opulento imperio: cesad, pues, de alborotar á la gente, y esperad en la Providencia, que jamás desampara á sus hijos, el cuidado de conducirnos á las tierras, en busca de las cuales hace ya mas de dos meses que caminamos; y si alguno tuviese de hoy en adelante el atrevimiento de suscitar la discordia en la tripulacion, sepa que ejerceré sobre él la justicia del rey.“ La firmeza y resolución con que fué pronunciada está corta arenga, hizo acallar á los revoltosos por algun tiempo; pero sin embargo, no cesaba de vez en cuando la sedicion de asomar la cabeza; pero afortunadamente á muy pocos días comenzaron á observar señales tan claras y evidentes de la proximidad de la tierra, que era ya imposible dudarlo á pesar de lo frustradas que habían quedado tantas veces sus esperanzas. El 7 de octubre al levantarse el sol, la escaraveta Niña, que iba delante por ser mas velera, y por que su gente queria gozar de la recompensa que habían prometido al que primero viese tierra, enarboló una bandera en el mástil, y tiró una lombarda en señal de que veian tierra; pero navegaron todo el día, y la tierra, en lugar de presentarseles mas distintamente había desaparecido, porque no era mas que una ilusión.

Por último, la noche del 11 de octubre á eso de las diez, estando Colon sobre cubierta, llevando sus avidos ojos sobre un horizonte tenebroso, observó una luz que se movia, mas temiendo no fuese ilusión de su descao, llamó á uno de la tripulacion para hacérsela notar el cual afirmó que en efecto era luz la que había visto el almirante.

Con la dulce esperanza de que tenian ya muy próxima la tierra, continuaron su ruta hasta cosa de las dos de la mañana, en que un cañonazo disparado de la Pinta dió la alegre señal de tierra, la cual se veia á distancia de dos leguas; por lo que, acortaron velas y se mantuvieron á la capa, esperando con sobrada impaciencia la aurora.

Apénas comenzó á asomar la luz del nuevo día, cuando vieron nuestros viajeros, no con ménos sorpresa que alegría, presentarseles una bella y frondosa isla cubierta de arboles y de menuda yerba. „Cómo poder pintar la multi-

tud de sentimientos que se agolparon á la ardiente imaginación de Colón, al descubrir por primera vez la tierra que por tanto tiempo había andado buscando y que le había costado tantos desaires, tantos disgustos y contradicciones! Por último, había dado feliz cima á su temerario viaje; había demostrado prácticamente á los ignorantes que la tierra es esférica; había confirmado que todo lo vence el valor y la constancia; y en fin, se había coronado con un laurel que nadie osaría arrancarle de la cabeza. ¿Pero qué clase de tierra era la que acababa de descubrir? ¿Am no lo sabía: ella parecía ser fértil por lo que tenían á la vista; ¿pero estaría habitada por seres racionales? y en caso de que lo estuviese, ¿cuáles serían sus costumbres y sus leyes? ¿si su fisonomía física y color discreparían de las razas ya conocidas? ¿si sería el país que tenía á la vista, la célebre Cipango que, según Marco Polo, abundaba en ricos metales y en piedras preciosas; ó tal vez á pesar de las apariencias de su fertilidad, sería algún país estéril en donde no se encontrase ni el agua necesaria para templar la sed? Estas y otras reflexiones debían haber asaltado la mente de aquel grande hombre.

Contemplando estaban Colón y sus compañeros con el mas completo arrobamiento aquel magnífico espectáculo, cuando vieron salir de los bosques multitud de gente enteramente desnuda, la cual se agolpaba á la playa, mostrando en sus ademanes, su curiosidad y deseo por ver á los recién venidos; pero cuando observaron que los extranjeros se aproximaban á la costa buyerón desprovistos á los bosques de donde habían salido.

Entretanto Colón saltó á tierra llevando en la mano la bandera real: lo mismo hicieron los capitanes de la Pinta y la Niña, sacando cada uno una bandera: las cuales tenían en el centro bordada una cruz verde con una F al extremo de un brazo y una Y á el extremo del otro, (es decir, Fernando é Isabel) con una corona encima de cada una de las letras. El almirante llamó á Rodrigo de Escobedo, escribano de la real armada, y le ordenó que diese fe y testimonio de que tomaba posesión de aquella isla en nombre de los reyes católicos, de quienes eran fieles vasallos, dándole el nombre de San Salvador.

Concluida que fué la ceremonia, todos se entregaron á la mas completa alegría, haciendo en medio de su gozo las mayores extravagancias: unos corrían de aquí para allá, otros se arrodillaban y elevaban las manos al cielo; otros lloraban y se reían al mismo tiempo, y otros abrazaban á Colón y le besaban, pidiéndole perdón de lo mal que se habían portado durante la navegacion, y jurándole una ciega obediencia en lo sucesivo.

En tanto que esto pasaba entre los españoles, los naturales deponiendo su primer temor, se fueron acercando poco á poco á sus nuevos huéspedes, observándolos con mucha atención y habiéndose entre sí. Viendo ellos que aquellos personajes no se movían (porque así lo había ordenado Colón), tomaron ánimo y se acercaron mas, hasta tocarles los vestidos, después los brazos y el rostro, pasándoles repetidas veces las manos sobre la barba, que era lo que al parecer mas les llamaba la atención. Cuando ya hubo bastante confianza entre los extranjeros y naturales del país, empezaron á hacerse señas mutuamente para poderse entender alguna cosa. Colón les distribuyó abalorios, cascabeles, y cuentas de vidrios que recibían con gran placer, dando ellos en cambio algodón, dados con puntas de espinas de pescado, y algunos granos de oro. A la vista del precioso metal, todos se apresuraron á indagar el lugar en donde se producía y los isleños les señalaban hacia el Occidente, por lo cual resolvieron reembarcarse y continuar su viaje en busca de las tierras que les habían indicado y era en donde se daba el oro.

Mas de tres meses anduvieron navegando por aquellos mares; en donde descubrieron muchas islas, y entre ellas una muy grande que se llamaba Cuba, muy fértil, regada por muchos rios y cubierta de arboles de todas especies; sus habitantes estaban desnudos lo mismo que en las otras islas que habían recorrido, pero estos en algunos puntos estaban reunidos en poblaciones.

De esta isla de Cuba recogieron los españoles mucho algodón y bastante oro. Cuando habían recorrido muchas islas y cargado sus embarcaciones de todos los efectos preciosos que pudieron haber á las manos, resolvió Colón dar la vuelta á España para dar á los reyes católicos cuenta del término feliz de su viaje y de todo lo ocurrido en él, dejando en una de las islas á quien habían puesto por nombre la Española, algunas gentes, con el objeto de que levantasen un fuerte durante su ausencia y que recogiesen todo el oro que pudiesen encontrar.

Colón en su viaje á España estuvo á pique de naufragar la noche del 14 de febrero de 1493, combatido por una furiosa tempestad, en términos que tuvo por cierto perecer en

aquella noche fatal, y al efecto escribió en un pergamino el descubrimiento que había hecho, recomendando á sus soberanos dos hijos que tenía: este pergamino lo envolvió en un paño encerado; y atándolo muy bien, lo metió en un gran barril que arrojó al mar, pensando que si perecía él, aquel barril podía ir á dar tal vez á alguna costa de Europa en donde sería recogido y por este medio se sabría la existencia de un nuevo mundo. Pero la Providencia que vela incessantemente sobre sus criaturas, quiso

que Colón se salvase para que pasase á dar cuenta de su noticia á sus soberanos y mandó, como en otro tiempo en Galilea, á los vientos y al mar que se apacigasen.

Por último, después de haber sido detenido algún tiempo por los portugueses en su tránsito, arribó felizmente el viernes 15 de marzo de 1493 á la barra de Saltes, entrando en el puerto de donde había partido el 3 de agosto del año anterior.

A. RODRIGUEZ.

UNA MADRE ABANDONADA, A SU HIJO.

[TRADUCIDO DE LAS OBRAS DE BERQUIN.]



DUERME, duerme, bello niño,
De la dicha en la ilusión,
Que tus lágrimas ¡ay! son
Las que aumentan mi cariño
Y penas del corazón.

Quando afable y suplicante,
Tu padre mi pecho ardiente
Cautivo, ¡miserio infante!
Cual tú lo juzgá inocente
Y cual tú tierno y constante.

Yo sus promesas creí,
Y juramentos tambien;
Mas ¿quién pensaría quien
Se olvidara el cruel de mi
Y de tí, adorado bien?

Duerme, duerme, bello niño etc.

De tu ensueño la sonrisa,
Bálsamo de mi dolor,
Es mas pura que la flor
Movida por blanda brisa
Del sol al primer albor:

Es el hechizo y encanto
Conque tu perdido padre
Deshecho en ardiente llanto
Cautivo con poder tanto
El corazón de tu madre.

Duerme, duerme, bello niño etc.

Hoy el ingrato me deja
Sin consuelo, sin abrigo;

Tom. II

De tí y de mí se aleja,
Y ni un corazón amigo
Hallo que atienda mi queja. . .
¡Conque pasión lo quería
Quando creí era fiell . . .
¡Ah! yo lo amo todavía,
Donde habite noche y día
Mi amor estará con él.

Duerme, duerme, bello niño etc.
¡Aquí lo tengo en mis brazos!
Mis ojos en tí lo ven;
Tu eres su imagen mi bien;

¡Ay! deja que mis abrazos
Reciba el mismo tambien,
Es tu alba frente, su frente;
Tu espresion, sus espresiones;
Mas no guardes sus traiciones,
Conserva niño inocente
Sus hechiceras facciones.

Duerme, duerme, bello niño etc.
Tú no puedes conocer,
Dulce encanto de mi amor,
Cuan triste es el padecer
Y cuan inmenso el dolor
De esta misera muger! . . .

Quiera el cielo, niño tierno,
Educarle en la virtud;
Y en el regazo materno
Concederte bien eterno

23

Y apacible quietud.
 Duerme, duerme, bello niño etc.
 Yo miré mi triste suerte
 A tu suerte, prenda mía;
 A mi lado quiero verte
 Hasta que llegue a la muerte
 Y me hunda en la tumba fría.
 Tu aliviarás mi dolor;
 Yo aliviaré tu horlandad;
 Yo cuidaré de la flor

De tus años, con amor,
 Y tu mi marchita edad.
 Duerme, duerme, bello niño,
 De la dicha en la ilusión,
 Que tus lágrimas ¡ay! son
 Las que aumentan mi cariño
 Y penas del corazón.

(Para el Liceo Mexicano. Pachuca junio de 1844.) José Sebastian Segura.

GEOLOGIA.



La geología es la ciencia de la tierra, y abraza mas ó menos directamente todos los conocimientos que tienen relacion con nuestro globo. (1) Algunos la subdividen en tres partes: la geología física, que trata de la forma exterior del planeta que habitamos, de sus dimensiones, de la posición que ocupa en el espacio, de sus movimientos, de su densidad y de su división en líquido y sólido: la geognosia, que se ocupa de las materias de que se compone el globo, de su posición relativa, de su naturaleza y de los fenómenos que tienen lugar en su superficie ó en su interior; y la geogenia, que combina los hechos de la naturaleza material para elevarse á sus causas, que investiga las leyes que han presidido á la formación de las diferentes partes de la tierra, y que, apoyándose en los conocimientos positivos que le suministran la física, la química, la mecánica, la hidráulica y la astronomía, trata de explicar todos los fenómenos y aun la for-

[1] Según nuestro sabio D. A. del Rio, la geología es la ciencia que investiga los cambios sucesivos de los reinos orgánico é inorgánico de la naturaleza, y las causas de estos cambios, y su influjo para modificar la superficie y estructura exterior de nuestro planeta.—(Nota del traductor.)

mación del mundo. Las dos primeras partes que contienen la enumeración y el análisis de los hechos, son los que constituyen la ciencia que ha progresado extraordinariamente en estos últimos tiempos. Sin ocuparnos en particular de cada una de las divisiones que acabamos de considerar, comprenderemos en tres artículos lo que vamos á decir sobre la Geología: 1.º, historia de esta ciencia, 2.º, esposicion de los hechos, y 3.º, ojeada sobre algunos sistemas.

ARTICULO I.

Historia de la geología.

La geología habria hecho progresos positivos mucho tiempo ha, si los que se dedicaron á ella no hubieran recorrido el círculo de todas las probabilidades, ántes de verse precisados á ocurrir al Génesis, que es el primer monumento que suministra á esta ciencia datos útiles sobre la formación de la tierra, y cuyas doctrinas, bien consideradas, no se oponen á las observaciones que posee la geología, pues pueden apreciarse los dias de la creación como alternativas de luz y de tinieblas, de un tamaño indeterminado, ó como épocas, cuya duracion nos es desconocida. De esta opinion fueron Buffon, De Luc, el padre Bertier y otros sabios, que deseaban conciliar el respeto que les ins-

piraban los libros sagrados, y su amor á la ciencia.

Exceptuando las ideas que acerca de la creación, del caos y del diluvio universal encontramos vagamente esparcidas entre los antiguos, y exceptuando tambien algunos pasages de Hesiodo, Ovidio y Virgilio, nada se ve en la antigüedad, que pueda hacer creer que se ocupasen en el conocimiento del globo terrestre. Verdad es que el mas antiguo de los físicos, Tales, consideraba el agua como el principio constitutivo de la tierra, y que esta opinion fué renovada entre los griegos por Epicuro, y después por Lucrecio; pero media una gran distancia entre la ciencia y este sistema. Strabon es el primero que hace mencion de los fósiles tan generalmente esparcidos, y Plinio los Alpes y va á pesar la atmósfera á la cumbre del Monte-Blanco; Werner, quien por sus grandes trabajos merece ser llamado el creador de la geognosia, clasifica las rocas y señala el lugar que cada sustancia mineral ocupa en la corteza del globo terrestre; Dolomieu interroga á los volcanes; Voigt describe los balsaltos, y Spalanzani, célebre profesor de Pavia, desciende á los crateres de la Sicilia, analiza todas las lavas, y por medio de sus ingeniosos experimentos, mide la intensidad de los fuegos subterráneos. De Lue, Pallas, Patria y Ramond, enriquecen á la ciencia con multitud de observaciones útiles, y poco á poco se comparan las diversas partes del globo y su manifestan sus analogías y sus diferencias; y hoy merced á los muchos viajes emprendidos y ejecutados de 30 años á esta parte, cada sabio sin salir de su gabinete puede examinar las cumbres de los Andes, el pico de Tenerife, los fuegos del monte Hecla, los paisés de la Auvernia, las rocas levantadas de la Westfalia y los crateres del Etna. Brochant de Villiers, Mohs, Escher y Ebel, han analizado los Alpes; Ramond los Pirineos; d'Engelhardt el Cáucaso; Omalius d'Halloy ha descrito los Alpes; la Francia; Freisleben, Heim, Voigt y de Hoff han explorado la Franconia y algunas otras provincias del norte; de Raumer la Sajonia y la Silesia; d'Abuissou y Charpentier han recorrido diferentes puntos de Europa; M. de Buch ha interrogado á las montañas de la Noruega á las de Italia, y á las de varias islas de Africa; la Hungría y la Transilvania han sido descritas por Esmark, la Suecia por Haussmann, la Inglaterra por multitud de sabios ingleses, y por último, Humboldt, el sabio universal, la inteligencia mas vasta del siglo XIX, ha seguido á la naturaleza en todas las partes del mun-

do, y despues de haber examinado las cumbres de los Andes, las minas de las montañas de la Siberia, y los volcanes del interior del Asia, ha entregado á los sabios una asombrosa multitud de materiales. Estos estudios tan multiplicados, han dado lugar al descubrimiento de un hecho de gran importancia para la geología, y es la existencia de diversas especies de fósiles en distintas capas terrestres. Antes de esto los restos de los cuerpos orgánicos, encontrados en las masas minerales no habian sido considerados sino como un accidente en el depósito general; pero desde que multiplicadas observaciones demostraron que profundizando en las entrañas de la tierra, se encontraban restos de animales diferentes de las especies vivientes, y algunos del todo distintas, se dedujo que la sola inspeccion de un fósil podia servir para determinar la profundidad del terreno en que se encontraba; y desde entonces el conocimiento de los fósiles fué indispensable á todos los que se ocupan en el estudio de la tierra. Cuvier y Brongniart han trazado el camino que debe seguirse en el estudio de los fósiles, enriqueciéndolo con multitud de trabajos importantes; y Blumenbach y de Schlottheim en Alemania, Buckland, Mac-Culloch y Conybeare en Inglaterra, han rivalizado con sus modelos, y pronto poseeremos los materiales necesarios para completar la zoología y la botánica anti-diluvianas. Sin hablar de los que se dedican á trabajos geológicos en Inglaterra, Prusia, Rusia, Alemania ó Italia, la Francia posee muchos sabios dedicados esclusivamente á esta ciencia, M. M. Elie de Beaumont, Ferussac, Boué, Rozet, Jobert, Alejandro y Adolfo Brongniart, Omalius d'Halloy y muchos otros trabajan con tanto celo como buen éxito en la propagacion de las ciencias geológicas. En Europa se publican cerca de 200 periódicos, revistas y recopilaciones aca-

démicas destinadas mas ó ménos directamente á reunir los documentos que les suministran los geólogos de todos los países. Esperamos que todos los sabios, mas circunspectos y ménos crédulos que ántes, se detendrán algun tiempo en examinar los fenómenos, en considerar atentamente los hechos y en describir la naturaleza, en vez de gastar su energia y agotar sus fuerzas en construir sistemas que deben morir con sus autores ó poco despues; recordando siempre que la geología no fué una ciencia sino desde el dia en que se abandonaron los sistemas.

(Continuará.)

En su correspondencia astronómica demuestra el baron de Zach que el imperio Ruso es probablemente mas estenso que todo el continente de la luna, suponiendo que en este planeta, aun en el nuestro, ocupen los mares los dos tercios de la superficie total.

El cálculo no es ni difícil ni largo. El diametro de la luna es de 283 leguas, su superficie es de 2.505.261 leguas cuadradas. Quitense los dos tercios y quedarán 835.87 leguas cuadradas para el continente. La Rusia, segun las evoluciones hechas en 1818 estiendese dominacion sobre una superficie de 958.872 leguas; aventaja al continente lunar en 113.885 leguas cuadradas. No se han comprendido en este cálculo las partes de América que pertenecen á la Rusia.

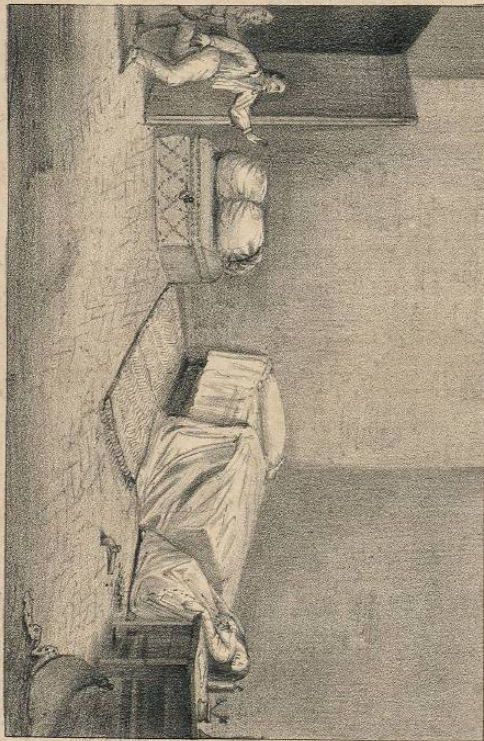
El hombre que muere es un astro que se opaca para brillar despues mas en otro emisferio.

Goethe.

No debe uno dejar su puesto sin permiso del que manda; el puesto del hombre es la vida.

Pitagoras.





Margarita

Don Diego

MARGARITA.



En un aposento ricamente adornado, se mira una joven vestida con elegancia y sencillez, que recostada en un sofá, con la mano en la mejilla y los ojos fijos en el suelo, da muestras de estar profundamente pensativa. Abrese una puerta, un hombre de cerca de cincuenta años y de fisonomía adusta, se dirige hacia la joven, se sienta a su lado, y despues de unos momentos de silencio, le dice.

—¿Cuál ha sido tu resolución, Margarita?

—¿Ah padre mio! qué quereis que os diga.

—Te has convencido ya de las ventajas que nos trae este matrimonio.

—Sí, pero queria sin embargo....

—Como! rehusarias dar tu mano á D. Carlos!

—No.... pero soy tan joven todavia: tan poco me amais, que os dais tanta prisa á separarme de vuestro lado? Ya que tanto os empeñais en que este enlace se verifique, dilatadlo siquiera un poco, mientras tengo tiempo de tratar á D. Carlos, á quien mal puedo amar cuando apenas le conozco.

—Di mas bien, repuso D. Diego, frunciendo el entrecejo, y dando mas aspereza á su fisonomía, que alguno de esos mosalvetes insustanciales que hoy estan en moda....

—No padre mio, os lo juro, ninguno puede llamarse, hasta ahora dueño de mi corazon.

—Es verdad que D. Carlos no es muy joven; pero tampoco es viejo, y ademas, sus riquezas y su influjo en el gobierno, hacen que sea un partido ventajosísimo para cualquiera muchacha. El amor á él, le irás teniendo poco á poco, cuando veas que satisface todos tus deseos, y que te proporciona en el mundo un lugar distinguido.

—¿Y juzgais esos, suficientes motivos para que le ame? no nos bastan las riquezas que ya poseemos? Por otra parte, os habeis visto en los mas altos empleos, y debéis buscar ya la tranquilidad, despues de haber sufrido todos los vaivenes y las inconstancias de la fortuna.

—Mi palabra está empeñada; D. Carlos y yo hemos concertado este casamiento, y de no cumplir mi promesa, podrian sobrevenirnos graves males.

—Dilatadlo no mas, falgunos dias, os lo suplico.

—Es imposible.

—Pensad que se trata de la felicidad de vuestra hija; no querreis hacerla desgraciada, estoy segura de ello.

—Desgraciada! no lo serás obedeciendo á tu padre: dentro de ocho dias se verificará tu matrimonio.

—Señor, os lo pido por la memoria de mi madre; no me hagais desgraciada.

—Dentro de ocho dias repuso secamente D. Diego, y dejó á su hija sola, entregada á la desesperacion. Era Margarita una niña tan cándida y sensible, como hermosa, una de esas criaturas privilegiadas que se gozan con la dicha de sus semejantes, y derraman lágrimas con los padecimientos del desgraciado; que alargan sonriendo, un pedazo de pan al mendigo que implora su compasion, y estrechan contra su seno, colman de caricias y alivian en su soledad al niño desventurado que gime huérfano en la tierra; en fin, uno de esos ángeles de caridad que nos manda el ciclo de cuando en cuando, para hacernos llevadera nuestra dura peregrinacion por este valle de dolores.

Don Diego, por el contrario era un ambicioso, idólatra del oro, hasta sacrificarle lo que el hombre mira como mas sagrado; de alma fria é insensible, que con el compas del egoísmo en la mano, no reia, ni lloraba, sino por cálculo, y sin que su corazon latiese mas aprisa, cuando al parecer, le abatía la tristeza, ó cuando daba señales de la mas estrepitosa alegría.

Salió, pues, D. Diego á dar sus órdenes para el cumplimiento de la próxima boda, y Margarita se quedó repitiendo con voz ahogada por el llanto, „dentro de ocho dias.“

II.

Dos años despues se paseaba Margarita, una

tarde, en el jardín de una casa de campo, y en su fisonomía se retrataba la mas honda tristeza. Sus miradas abatidas, su andar lento y la indiferencia con que al parecer respiraba el aroma de las flores, y sentía balagadas sus sienes por la brisa balsámica del jardín, todo manifestaba claramente las penas que atormentaban su corazón. Era ya esposa de D. Carlos, hombre de cuarenta y cinco años, y que en dos que llevaba de casado con Margarita, no había tenido ni una caricia, ni una palabra de amor para la pobre jóven: indiferencia, desvío, ved lo único de que sabía usar para con ella. El amor de D. Carlos antes de casarse, se redujo al siguiente raciocinio: „mi caudal sube á tantos pesos; Margarita tiene igual cantidad, luego si me caso con ella veré duplicadas mis riquezas, mientras que si otra fuere mi esposa, sin tener nada, mi capital quedará reducido á una mitad, porque no se le aumentará un maravedí, y lo gastaremos entre dos, que al fin, una muger que pasa de la miseria á la opulencia, gasta sin medida y... no hay duda, me decido por Margarita.»

Ella virtuosa, sensible, en una edad en que el interés no es el móvil de nuestras acciones, se figuraba en sus sueños de felicidad, un hombre tierno, apasionado, que pagase su amor, con amor solamente, un hombre en fin, que si existe, no pertenecerá por cierto, á la clase elevada de nuestra sociedad. No obstante, había empleado todos los medios posibles para conquistar el corazón de su esposo, y aunque veía burladas sus esperanzas, á fuerza de virtud sobrellevaba con resignacion una vida tan amarga.

Sentóse finalmente debajo de un arbol frondoso, despues de haber recorrido el jardín, y pocos momentos despues se le acercó D. Pablo, un jóven libertino y sin conciencia, íntimo amigo de D. Carlos, que no ignoraba el cálculo comercial de este para casarse, y el descontento de Margarita.

—Porqué tanta tristeza, Margarita, la dijo, con voz dulce, y dirigiéndole una mirada de vivo interés.

—Ah! no estoy triste, contestó sonriendo amargamente y dando muestras de querer levantarse.

—No se incomode V., varios amigos mios y Carlos con ellos, están á poca distancia de nosotros: mírelos V.

Tranquilizose Margarita, y D. Pablo con el lenguaje artificioso y astuto de un hombre sin fe, prosiguió.

—Tal vez algun disgustillo con Carlos...

—Caballero! quien le ha dado á V. derecho...

—No lo lleve V. á mal, quiero tanto á Carlos y me intereso tan vivamente por V. Es un poco desabrido, es cierto; pero su corazón es excelente, y V. debe tener bastantes pruebas de que la ama tiernamente. ¿Y como podria no amar tanta hermosura y tanta virtud? De mí, digo, que daría mi vida por la felicidad de V., por no causarla la menor desazon; que á ser esposo de V., hubiera sido toda mi vida el amante mas obsequioso, mas fino....

—Ya es demasiado, cree V. que si mi esposo oyese tal lenguaje....

—Estoy seguro de que sabria conocer lo puro de mi afecto, y haria justicia á mi amistad.

Levantose Margarita precipitada, y sus megillas se encendieron, un estremecimiento involuntario agitó instantaneamente sus miembros, su corazón latió con violencia, y con voz turbada:—Vamos á unirnos con Carlos, dijo. D. Pablo le ofreció el brazo; con ella rehusó por un momento, mas tuvo por fin que ceder y se dirigieron ambos hácia donde estaban en conversacion varios jóvenes con el esposo de Margarita.

¿Mas porqué tal turbacion, tal desasosiego de aquella pobre jóven?

Quien sabe; mas D. Pablo no era la primera vez que trataba de envenenar con su aliento ponzoñoso aquella flor delicada y hermosa que empezaba ya á marchitarse sin abrigo; Margarita era una criatura sencilla, y para la cual era desconocido el fingimiento, el lenguaje del seductor era siempre tan amoroso, tan apasionado.... pobre Margarita! tal vez luchaban en tu corazón el deber y el amor; mas por esta vez triunfó el deber.

III.

Con que has conseguido salirte con la tuya, querido mio; decía á D. Pablo en un café un jóven elegante que le acompañaba.

—Sí, por fortuna, amigo mio; la intriga que me habían formado estuvo á punto de echarme á rodar, pero al fin he vencido y el destino es mio.

—¿Y qué intriga era esa?

—El otro pretendiente era astuto y no perdía tiempo: se me anticipó y le hizo un regalo magnífico al Sr. L. de quien pendia la provision del destino: es claro que yo era hombre perdido, porque el numerario estaba escaso y no podia yo hacerle otro regalo que le inclinase mas á la justicia, que el demi rival. Mas de pronto, recuerdo que la querida de D. L. no me era absolutamente desconocida, voy á ver-

la, renuevo mi antigua amistad, la hago interesar fuertemente en mi favor, y como ves, mi buen competidor, perdió dinero y empleo, y yo no gasté el primero y conseguí el segundo.

—Bravísimo, chico, bravísimo, te doy mil parabienes por tan glorioso triunfo. Ah! tú si que puedes decir con verdad que aseguraste tu fortuna! Un empleo en la aduana marítima de Mazatlán! No pierdo las esperanzas de alcanzar, por influjo de mi tio otro igual ó semejante. ¿Y cuándo es la marcha?

—Debia verificarse dentro de tres dias, mas siempre tendré que aguardarme otros tres mas para dar tiempo á que el marido se ausente y... ya me comprendes.

—Qué! tambien en esto has logrado tu intento? Vamos, Pablo, eres el hijo mimado de la fortuna.

—Qué quieres, con algun ingenio y una regular dosis de constancia, se hacen maravillas. Desde que murió D. Diego, Carlos trataba á Margarita, no solo con desvío, sino con positiva aspereza, todos los dias la reñia por el mas insignificante motivo, y aun llegó á decirle una vez, que no la amaba, y que un compromiso con D. Diego, le había estrechado solamente á tomarla por esposa. La pobre muchacha ponía el grito en los cielos, se desesperaba, y entonces tenia lugar perfectamente mi papel de consolador. No niego que tuve mucho que luchar con la rancia virtud de mi adorada paloma, pero al fin, las circunstancias eran para mí de tal suerte favorables, que todo salió á pedir de boca. Con que ya comprenderás que Margarita va conmigo, y por lo tanto es preciso aguardar á que se aleje mi buen amigo Carlos.

—Vamos, eres un calavera en toda la estension de la palabra. ¿Pero que no temes las consecuencias de un paso tan atrevido? ¿Crees que el marido, cuando lo sepa, se quedará mano sobre mano?

—Ja, ja, las alzará al cielo, amigo mio, la carga le parece harto pesada, para que no quiera librarse de ella.

—Puedes darle lecciones al mas pintado.

—No tal, la suerte se ha empeñado en proteger mis amatorios, y ademas, soy un tanto desprecupado... y activo.

—No echaré en saco roto tus lecciones.

—Eres muchacho vivo y puedes aumentar considerablemente el número de tus conquistas.

—No olvides despedirme de mí.

—Ni tú dejes traslucir en lo mas mínimo mi secreto.

—Adios buena alhaja!

—Adios.

IV.

Trasladémonos ahora á Mazatlán, despues que han transcurrido tres años, y en un cuarto miserable, alumbrado por una lámpara opaca, veremos á un hombre pálido, y de ojos desecados, paseándose con agitacion y murmurando algunas palabras con melancólico.—Todo se ha perdido, decía, ungun recurso me queda aqui para subsistir, es indispensable volver á México; allí con empeños... ¿mas porqué ha caido sobre mí esta desgracia, cuando otros de peor conducta que yo se mantienen en sus empleos y jamas son castigados? Mas qué dudol imprudentel! Habermé desavenido con ese comerciante rico, debia perderme; me cegó la codicia. Si me hubiese contentado con el dinero que me ofrecia por el contrabandol.... y lo peor es que nada tengo, porque el maldito juego.... Esa muger me estorba y aumenta lo desesperado de mi situacion; es preciso deshacerse de ella. La llevaré conmigo á México, donde tal vez puedo recobrar mi destino, y allí la dejaré; su marido podrá compadecerse de ella, ó si nó sus parientes. Y sobre todo, qué me importa! harto apurada es mi situacion para que busque quien la agrave. No la diré sin embargo donde vamos, porque estoy seguro de que se negará, fingiré que nuestra marcha es á otro lugar cualquiera, al cabo no conoce mas camino que el que tragamos de México, y llevándola por otro estraviado.... Sí, partiremos dentro de dos dias.

Al llegar aqui D. Pablo, se presentó una muger hermosa, con el cabello suelto; era Margarita. Sus ojos antes tan apacibles, tan seductores, estaban ahora apagados, y sus megillas de rosa habían perdido su color y su frescura. Tres años de arrastrar una vida de remordimientos, habían bastado para arrancarle aquella belleza incomparable de una alma inocente y sin mancha, que anima las facciones de un rostro juvenil. Desventurada! todo se conjuró para perderle! mas cobra ánimo, empapa con tus lágrimas los pies de Jesucristo, como la pecadora del Evangelio, y tu alma tornará á despedir la suave fragancia de la virtud, y ceñirá otra vez, tus sienes la resplandeciente aureola de la pureza.

—Deseaba verte, la dijo D. Pablo, he meditado ya el único partido que me resta, y es indispensable no perder un momento.

—¿Qué has resuelto?

—Pasado mañana saldremos de aqui para....

Puebla, a donde debo ir á recoger una cantidad de dinero que me debe un comerciante.

—Mas... tan cerca de México.... Dios mio, moriría de vergüenza, si por cualquier accidente llegase á verme alguna persona conocida. ¿No ves que estoy cubierta de oprobio... y mi marido.... mis parientes....

—Nada te apure, estaremos en Puebla dos dias á lo mas, y ya ves que en tan corto plazo es imposible que te vean si usas de alguna precaucion.

—Está bien, repuso Margarita, con voz débil, haz de mi lo que quieras. Ah! por desgracia mia estoy unida contigo por los lazos del crimen, y estos lazos tienen dureza de diamante.

—Señora, está V. muy necia de poco tiempo á esta parte.

—Ingratol me tratas con tanta aspereza, sin recordar que tú eres la causa de mi perdicion, le contestó Margarita con amarga sonrisa.

—Estais muy enfadosa por vida mia! Y salió D. Pablo dejando á la pobre muger luchando con sus remordimientos.

V.

A los dos dias caminaban para México D. Pablo y Margarita, juzgando siempre la última que se dirigian á Puebla. Llegaron por fin á México, ya entrada la noche, por industria de D. Pablo, y Margarita, ciega por su oprobio, no conocia aun la perfidia del monstruo que la habia seducido, apesar de estar ya en una de las calles de la ciudad. Llamaron á la puerta de un meson, pidieron posada, y despues de haber entregado al huésped los dos caballos que les habian servido en el viaje, subió D. Pablo á Margarita al cuarto en que debia hospedarse. A pocos momentos se separó de ella, y buscando al posadero, antiguo conocido suyo, y hombre de conciencia no muy escrupulosa, le dijo.—Toma, Nicolás este dinero que es lo único que me queda, y acuérdate de que somos amigos viejos.

—En qué puedo servir á V., Señor? —Esa muger que viene conmigo cree que está en Puebla, amigo mio, y es necesario hacer porque no salga de su engaño, por lo ménos en tres dias que será el tiempo que yo dilataré en marcharme.

Contóle entónces su historia y sus proyectos, y como en los tres dias tenia esperanzas de recobrar su destino; y en caso que no, que habia pensado partir siempre para San Luis Potosí, en busca de un tio viejo que le queria entrañablemente, y con el que estaba seguro de encontrar amparo. Oyóle atentamente Nicolás,

y le prometió hacer cuanto estuviese en su mano para engañar á Margarita, y para disculpar á D. Pablo de su tardanza; despidiéronse y se fué D. Pablo repitiendo con gozo: „y asy libre.“

Entre tanto, la infeliz Margarita quedaba llena de inquietud y de fatales presentimientos; pasó la noche sin que el sueño cerrase un momento sus párpados, y al siguiente dia preguntó á Nicolás qué habia sido de D. Pablo.

—Pierda V. cuidado, señorita, contestó el posadero, seguramente sus negocios no le han dejado volver. Me encargó que tranquilizase á V. en caso de tardarse, y que no la dejase ver de nadie, y me aseguró que les importaba á vds. dos salir de aqui cuanto ántes.

—Es verdad; y donde estamos? —Cómo donde? en Puebla señorita.

Cobró alguna confianza por entónces Margarita, mas viendo que pasaba mucho tiempo y que D. Pablo no volvia, sus sospechas tomaron nueva fuerza, y su espíritu fué presa de la mas violenta agitacion. Tal vez este hombre, decia para sí, está de acuerdo con Pablo: si no, porqué tanto tardar? Al entrar en la ciudad me pareció que reconocia.... ah! si pudiese yo ver por una ventana la calle.... informarme.... Pero ese Nicolás no me pierde un momento de vista; como haria para alejarle de mi un poco, no mas el tiempo necesario para correr á una ventana ó para preguntarle á alguno.... Ah! infame, abandonarme! sería posible? Y qué lo dudó de D. Pablo, de ese hombre inicuo, que me empujó al abismo? ¡Y si estoy en México, y mi marido, mis parientes, mis amigos, llegan á saberlo.... oh! Dios mio, primero la muerte.»

Tres dias mas pasaron y la pobre muger cada instante sentía mas y mas abrasada su cabeza por un fuego devorador; sus sospechas eran ya casi realidad, pero todavia no palpaba su desengaño. Observó que Nicolás se habia retirado, y aprovechándose de la oportunidad, corrió á una ventana del meson, que daba á la calle, y asomando la cabeza, comenzó á mirar con ojos desencajados los objetos que se le presentaban. „No hay duda, México.... México...“ exclamó con la risa de un loco.

—Mas que voces son esas, Dios mio ois....! ois.... á mí se dirigen: mira, mira á la prostituta.... No, infames; no me vereis jamas. Geró la ventana con violencia convulsiva, se encerró en su aposento, y desde un rincón cual si la persiguiesen algunos asesinos:—dejadme, dejadme por piedad, decia á gritos: buscadlo á él, á ese malvado. Mas.... no haceis caso.... soltad.... soltad.... adonde me llevais.... quienes sois.... oh! yo miro vuestros rostros infer-

nales.... Virgen Santísima!... tened misericordia de mí. Y cayó en el suelo desmayada, con la violencia del frenesi. Así estuvo hasta ya entrada la noche, á la hora en que el posadero fué á llevar luz á su aposento. Encontróla caída en el suelo, dirigióse inmediatamente á ella, señorita, señorita, comenzó á decirle haciendo por levantarla; entónces Margarita, como si despertase de un profundo sueño, se restregó los ojos muy despacio, y fijándose en Nicolás:—quién sois, le dijo, con la mayor calma?

—Nicolás, señorita: ¿qué os ha sucedido? —Nada, contestó Margarita, reflexionando profundamente; un ligero desvanecimiento... pero ya ya pasó; y dirigiendo una mirada cuidadosa en su dorredor, prosiguió: me alegro de que hayais venido, os habia menester.

—Mandadme. —Dónde está la silla del caballo en que venia Pablo?

—En mi cuarto, señorita. —Id á traerla. En ella tengo guardados algunos... papeles que me interesa ver.

—Vuelvo al momento. Volvió en efecto, Nicolás, llevando la silla que le habia pedido Margarita; y esta, examinándola diligentemente vió que tenia lo que buscaba, y eran dos pistolas.

—Está bien, dijo á Nicolás. Hacedme ahora el favor de darme papel y tintero. —Encontrareis uno y otro en el cajón de esa mesa.

—Gracias, amigo mio, dejadme ahora. Solamente os encargo que volvais mañana temprano, á llevar una carta á su título. —Sereis obedecida.

Poese Nicolás, y habiéndose quedado sola Margarita, sacó una de las pistolas, la examinó cuidadosamente, se convenció de que estaba cargada, la puso sobre la mesa y sacó del cajón el papel y el tintero. Ya que estuvo todo dispuesto, se recostó en la cama para descansar de la fatiga que le habia causado su delirio.—Veinticinco de marzo, decia; hoy hace seis años que me casé; lo recuerdo bien. Era una noche de luna, habia en el cielo esparcidos negros nubarrones, emblemas quizá de mi destino. La bulliciosa algazara de los convidados y los acentos de la música sonaban tristemente en mis oídos; eran las cuatro, las cuatro de la mañana, cuando pronmencé el sí tere-

mendo; ¡Oh gran Dios! por qué no mori entónces! Y ahora, á las cuatro dejaré de existir. Siento en mi corazon un peso que lo agobia.... será miedo? Ah! no.... miedo no; ¿por qué he de sentir dejar el mundo? al contrario, la muerte me libra de la vergüenza, de la ignominia.... Sin embargo, aun el pobre mortal que atraviesa la vida, ébrio de tribulacion y de amargura, siente llegar al término.... ¡Y Pablo.... ah! ese nombre me hará aborrecer la vida lo suficiente para dejarla sin pena. Traidrol que le costaba habermelo abandonado en otra parte.... pero ah! tiene de cumplirse mi destino.”

En tan tristes reflexiones pasó un buen espacio, hasta que el reloj de S. Francisco daba los tres cuartos para las cuatro.—Ya es hora, dijo levantándose y dejando desprender de sus ojos una lágrima; esta lágrima, añadió, es por mí.... sí, por mí.... tal vez será la única que se derrame por la pobre Margarita....

Sentóse á la mesa, tomó la pluma, y comenzó á escribir con mano firme; su rostro estaba cubierto de mortal palidez, lánguidos sus ojos, su cabeza apoyada en una mano, y su cabello suelto descendiendo parte por su espalda, y parte cubriendo aquel seno móvrido que se dilataba y se contraía blandamente.... qué hermosa estaba! Quién creyera que iba á sellar con un crimen todos los demás!

„A D. Carlos de L.... México 25 de Marzo. —Hoy hace seis años que se verificó nuestro matrimonio; tal vez recordareis... aquella noche.... eran las cuatro.... me armancaestéis un sí, que va á matarme ahora. Quiero que lo sepáis, no para excitar vuestra compasion, porque bien sé que no la conceis, sino para dejaros, al salir de la vida, un eterno remordimiento. Mi seductor ha partido ya, tal vez, pero no se os olvide darle parte de mi sucesos: él y vos merecis ser amigos. Y mi padre.... ah! no.... horrible pensamiento, mi padre fué seducido por vos.... ninguna culpa tuvo de mi perdicion....

Padre mio! Madre mia.... pronto nos veremos.... Una.... dos.... tres....

En ese momento se escuchó una terrible explosion, acudieron el posadero y otros, con el fin de averiguar qué habia sucedido, y encontraron á Margarita bañada en su sangre.... Ya habia espirado.

J. N. NAVARRO.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA,

Obispo de la Puebla, electo arzobispo de México, visitador de la Nueva España, decano del consejo de Indias, limonero, predecedor de la emperatriz Doña María Ana, décimocuarto virrey de la Nueva España, 1642.



1642.

A hemos visto como entró el venerable Palafox en el gobierno de la Nueva España, cuyo gobierno no sabemos si llamar filantrópico ó pernicioso, puesto que de todo participó. Empuñó el bastón poco tiempo, pero fué el preciso para hacer algunas cosas que conserven su memoria. La historia y antigüedades mexicanas le mirarán siempre como hombre perjudicialísimo, habiendo mandado destruir las estatuas ó ídolos que en recuerdo de las victorias obtenidas en la conquista se conservaban en algunos edificios arrastrado de un celo religioso demasiado exagerado.

Por otra parte, la humanidad, la justicia, las letras, las ciencias, las artes, la patria tienen que tributarle recuerdos gratos: su amor á los indios fué estimado: se empeñó tanto en la pronta administración de justicia, que aun suspendió á oidores íntegros porque no le daban pronto despacho; arregló las ordenanzas de la audiencia, ordenó los estatutos de la universidad, levantó doce compañías de milicias que disciplinó para la defensa en caso de una tentativa de los portugueses, visitó los colegios sujetos á la jurisdicción secular, arreglándolos; por último, no quiso en prueba de su desinterés, recibir el sueldo de virrey y visitador. Todo esto en cinco meses que gobernó como virrey y dos años de visitador, concluyendo el primer cargo el 23 de noviembre.

Logró además, que fué mucho lograr, que los religiosos que desempeñaban curatos se sujetaran á exámen, cuando en Puebla siniera una tenaz y decidida oposición. Informada la corte de los abusos que en este particular se

cometían, deseando remediarlos, proveyó por una real cédula, que para que conservasen la administración de los Sacramentos y el cargo en general de curas párrocos necesitaban ser examinados y aprobados por los ordinarios de los lugares. Acostumbrados á mudarlos á su arbitrio en los capítulos generales y á no dar cuenta á persona alguna del desempeño del ministerio, desagradábales la sujecion que de nuevo se les ponía, y pidieron al virrey, (fué esto en tiempo de Cadereita, año de 40), que suspendiera tal resolución por los males que resultaban á los religiosos. Hizolo así en efecto, mas no del mismo modo el Sr. Palafox, que llegando á su obispado de los Angeles, comenzó en todos los curatos de regulares á prevenir á los párrocos que pasasen á examinarse, y como no quisiesen hacerlo, ponía en las hermitas la parroquia, que confiaba á un clérigo. Exceptuó solamente Atrisco (Atrisco), en donde estaba un benemérito religioso franciscano que habia sido provincial, el cual se sujetaba á exámen, y aprobado se le dió colación canónica del curato que desempeñaba á satisfacción del diocesano. Los demas, tanto se resistieron, que ni aun capitulo se celebró en aquella época en la provincia del Santo Evángelico durante cinco años. Mas al fin, viendo al Sr. Palafox que rennia los principales cargos del reino en lo civil y eclesiástico, tuvieron que resignarse y se presentaron todos los beneficiados á exámen, cuando antes se quejaron á la audiencia, que se escusó de oírlos porque era su visitador. Belancourt que en esto debe mirarse como parcial, dice, que fueron muchas las injurias hechas á los regulares por el pueblo á instigacion de los clérigos seculares, de

— 187 —

modo que se vieron aquellos obligados á encerrarse por mucho tiempo dentro de sus claustros sin salir ni aun para buscar el alimento que algunos fieles movidos de cariño les llevaban.

TERMINÓ, pues, su encargo de virrey sin haber dejado el de visitador, que continuó desempeñando aun desde su obispado de la Puebla, adonde se volvió renunciado el Pálio.

CARLOS M. SAAVEDRA.

MUCHAS COSAS DICHAS EN POCAS PALABRAS,

POR G. G. GOLTON.

CONCLUSIÓN.

La vanidad encuentra en el amor propio un aliado poderoso; ambos reunidos atacan, toman por asalto la ciudadela de nuestra cabeza y en habiendo cegado á los dos centinelas, dejanse caer al corazón.

La venganza es una fiebre ardiente que hace hervir nuestra sangre. Creen algunos curarse de esta enfermedad aplicando á otro una sangría; mas tiene un inconveniente este remedio y es que invariablemente engendra otro padecimiento aun mas terrible por cuanto es incurable: los remordimientos.

Los cortabolsas y los perdioseros son los mejores fisionomistas prácticos que han llegado á mi noticia.

Das cosas hemos de tener presentes cuando se trata de la humana gloria, que deben enseñarnos á tenerla en poco: que los hombres mas dignos y excelentes, han sido calumniados y perseguidos, y que los mas viles y perversos han tenido sus panegiristas.

Acontece con los hombres de mediano ingenio y los imitadores, lo que con las ruedas traseras de los coches, que caminan constantemente en pos de las delanteras sin alcanzarlas jamas; succedeles tambien lo que á los lacayos que van siempre á la zaga de los grandes, sin que por eso lleguen á serlo.

La ciencia de la legislacion y la medicina se parecen en que á una y otra les es mucho mas facil decir lo que hace daño que lo que ha de aprovechar.

El que prevalido de la reputacion que goza de verídico, asienta una falsedad y la sostiene, haga cuenta que la prendido fuego al templo de la verdad con una antorcha que robó de su altar.

La gente holgazana hace pagar con sus visitas una alcabala bien fuerte á la aplicada y laboriosa; mendiga su felicidad de puerta en puerta á guisa de cuitados perdioseros y cual ellos se expone con frecuencia á un recibimiento desabrido. En verdad que no debia estrañar ninguno de esa numerosa familia que á tiempos les demos á entender que ya nos causan, puesto que si nos honran con su compañía, es por la sencilla razon de que no se agantan á si mismos. Tienen los haraganes por costumbre estarse quedos en sus casas, hasta que se acumula sobre ellos cantidad tan enorme de fastidio, que no pudiendo soportar su peso, hacen una salida para repartirlo equitativamente entre sus amistades.

Pocos escritores se contentan con agradar á la clase ínfima, y menos son todavia los que logran complacer á la suprema: con que tenemos de humillarnos á la crasa ignorancia de la una ó sobreponernos á la reodora envidia de la otra. Mas si aspiramos á nuestro bienestar y nuestra fama, debemos enderezar el bajel en tal estrecho, de modo que evitemos un choque con los arrecifes de entrambas costas. La clase media tiene tanto discernimiento como pudieramos apeteer, con la ventaja de que sus juicios no son ni desdenosos ni insensatos, como que no son hijos de la vanidad ni la ignorancia. El que

para guardar el equilibrio busca el centro no debe curarse de los extremos, y si el mundo se compusiese solo de filósofos y necios, no habría yo escrito estas páginas ó las hubiera dado al fuego.

Tiene el rico una prerogativa bien grande y apreciable sobre el pobre y de la cual se vale rara vez, la de hacerle feliz.

Los jugadores poseen en grado eminente dos de las virtudes cardinales: la fe y la esperanza, pero desgraciadamente les falta la caridad, que es la mayor y mas alta.

¿No es cosa natural que el anciano ensalce los dias de su juventud, el debil los de su fortaleza, y el achacosos los de su salud y robustez? No son los tiempos los que han cambiado; en nosotros mismos se ha efectuado la mudanza.

La fama póstuma es una planta de vegetacion algo tardía, pues nuestro propio cuerpo es la simiente de que ha de brotar. Puede compararse á una antorcha que solo la última chispa de la vida es poderosa á encender, ó á la trompeta del juicio final que solo ha de resonar para los muertos; con la diferencia que el clarín de la fama no puede resticartarnos jamas.

Muchos hay que cordialmente creen con Maquiavelo que nos fué dada la lengua para descubrir los agenos pensamientos y ocultar con mas facilidad los propios. Los que así piensan se alistan generalmente en las banderas de Alejandro VI. quien jamas hacia lo que habia dicho, ó si no en las de su hijo Borgia, el cual nunca dijo lo que pensaba hacer.

No es dado á los individuos en particular ni á las naciones, vanagloriarse de lo que fueron, sin esponerse á que se indague lo que son.

Los chinos á pesar de la ponderada longevidad de su nacion, no han llegado todavía á la edad viril, y así, cuando mas pueden gloriarse de su perpetua estupidez y prolongada infancia.

Es la crítica lo mismo que el vino de champagne, que si sale malo es bebida destestable, pero no la hay mas excelente cuando el vino es legitimo y de buena calidad.

Las anecdotas, á semejanza del aire que respiramos, son cosas que no podemos llamar propias sino en tanto que las tenemos encerradas, pues al punto que son las unas referidas, ó es arrojado el otro, pasan á ser bienes comunes.

Comienza el pródigo su carrera con un cuantioso capital, y la termina sin un cuarto; la principia sin un maravedí el avariente, y cuando muere deja una fortuna colosal. Se pregunta: ¿quien de los dos ha sido menos necio? Yo me inclino á creer que el pródigo, pues si dispuso su hacienda el otro la dejó intacta, pudiendo decirse con verdad, que el uno vivió rico para morir pobre, al paso que el otro vivió sumergido en la miseria solo por morir en la abundancia. Muere el pródigo endrogado con otros, y el avaro aun mas consigo mismo.

Los judíos han sido y son casi los mismos en todos tiempos y lugares, porque sus instituciones sociales no han variado, pero dirijamos una mirada á Grecia y Roma, y hallaremos que el ruiseñor y la abeja, el olivivo y la vid son lo mismo que solian, porque el clima no ha sufrido alteracion; mas decidme: ¿dónde están los griegos? qué es de los romanos?

Toda ley severa en demasia, á semejanza de un trabuco cargado hasta la boca, ha de enmohecerse en fuerza del desuso, y sucederá que todos teman hechar mano de aquella y de este, por el terrible choque que inevitablemente sigue á la explosion.

La oratoria es la hija consentida y turbulenta de una edad semibárbara. La imprenta es enemiga declarada de la retórica; pero la mejor amiga de la razon. El arte de la declamacion ha ido constantemente cuesta abajo desde el momento en que los oradores tuvieron la necesidad de publicar, y los oyentes la loable discrecion de leer.

Fingimos á veces temer aquello que realmente despreciamos, y otras afectamos despreciar lo que en realidad tememos.

La emulacion busca el mérito ageno para aventajarlo y engrandecerse con la victoria; la envidia está continuamente acechando los defectos de otros, porque aspira á humillarnos con una derrota.

Los males verdaderos producen un bien, que es libertarnos mientras duran, del despotismo de aquellos que son solo imaginarios.

Cuando estamos en sociedad de hombres doctos, debemos ser doblemente parcos en el hablar; esto es, si no queremos desmerecer en su opinion ni estorbar nuestro aprovechamiento á trueque de descubrir nuestro amor propio. Lo que queremos decir ya lo sabemos, no así lo que ellos pueden hablar.

La filosofia es una hembra quimerista que tase recio, y echa plantas cuando el peligro está remoto; pero que mirándose acosada por el enemigo, abandona luego el puesto que tenia, dejando que sufra el violento embate de la pelea, su apacible pero inmutable compañera la religion, á quien en otras circunstancias pretende despreciar.

Si quereis tener enemigos, sobrepujad en algo á otros, si quereis amigos, dejaos aventajar. En el corazon del hombre ejerce su maldito influjo un triunvirato infernal, compuesto del orgullo, la envidia y el aborrecimiento.

En el órden de sucesion es indudable que la poesia precedió á todas las reglas que sobre ella se han escrito, y es cosa averiguada que si Homero pudo formar á un Aristóteles, este no ha formado todavía á Homero alguno. Poco ó nada sabia Shakspeare de Longino, y Alejandro habia ya conquistado al mundo largo tiempo antes de que Polibio dijese el modo de verificarlo. Anibales hay que en las letras, lo propio que en la guerra, se desdennan de aprender á escribir de los comentadores, ó á guerrear de los retóricos.

A aquellos que aseguran no haber en todo el mundo un solo hombre verdaderamente honrado, puede dárseles esta contestacion: ¿á nadie es posible conocer á todo el mundo; sin embargo, es sumamente facil que alguien se conozca bien á sí mismo."

La fortuna, semejante á otras muchas hembras, prefiere un amante que la obedece ciegamente, al marido que la manda con imperio. El que con oportunidad sepa importunarla, está seguro de que no gastará el tiempo inutilmente.

Entre el orgullo y la vanidad existen diferencias que aunque algo imperceptibles á veces, no son por eso menos ciertas. Pudiera acaso definirse el orgullo diciendo, que es la opinion demasiado lisonjera que hemos formado de nuestro propio mérito, fundada en la excesiva estimacion que damos á ciertas cualidades que efectivamente poseemos. Conténtase con menos la vanidad, pues se goza en la contemplacion de unas dotes que son de todo punto imaginarias, alimentándose ademas con puras esterioridades, al paso que el orgullo necesita de algo positivo, sea poco ó mucho que le sustente, por lo cual se ve que el orgulloso no aprecia tanto como el vano las riquezas, ni

se muestra tan abatido como él en la adversidad y la indigencia. Lleva la vanidad puesta la mira en el aplauso de la muchedumbre, aunque este se limite al momento presente, y el orgullo anhela por él de la posteridad, quedando satisfecho con la aprobacion de algunos, aunque pocos; razon porque encuentra este mayores tropiezos, y recibe aquella mas frecuentes desengaños. La vanidad no siempre sobreleva estos, pues á veces ocurre que de sí misma desconfia, siendo así que el orgullo mira con desprecio á los demas. Porque el hombre vano no siempre está seguro de la justicia de sus preteniones, pues son frecuentemente tan locas é infundadas, como la misma vanidad que las engendra; de modo que para ser feliz, es necesario que las vea confirmadas por agena opinion, por la propia, por mas favorable que le sea, la juzza de poco ó ningún peso. El hombre vano, idolatra en su persona, en lo cual no hay duda que va errado, pero su propia compañía le es insportable; y yo le concedo la razon. El orgulloso no se cura de la aprobacion agena, y sus preteniones pueden no ser muy avanzadas, consistiendo su error en exigir siempre mas de lo que se debe en realidad. Si le acontece ser menospreciado, atribúelo á envidia ó ignorancia, y se deleita de antemano con la ilusion de que vendrá el dia en que todos le hagan justicia, confesando su antigua ceguera. El orgulloso sabe, pues, aguardar, y aun anticiparse los placeres que le proporcionará la fama de que en su concepto es merecedor. Se cree en posesion de un cuantioso capital, así es que gira letras demasiado valiosas sobre la posteridad, pero sin arriesgar nada, pues dado caso que fueren respaldadas, esto no puede suceder hasta que cierta deuda que invalida todas las demas haya sido liquidada y satisfecha.

Un volúmen que contiene mas palabras que ideas, es semejante á un árbol muy frondoso, pero escaso de frutos, que tan solo puede convenir á aquellos que apetezen dormir bajo su sombra, y no á los que desean regalarle con frutas sazonadas y abundantes. La ingratitude del menor es tal, que nunca se le ha visto dar la mejor muestra de compasion á aquellos escritores que generosamente se han privado del sueño, con el solo fin, segun parece, de conciliar el de sus malévolo lectores.

A decir verdad, no es otra cosa el estilo que un ayuda de cámara del verdadero ingenio, al cual es de grande utilidad; pero así como el

caballero aparece tal, aun cuando se halle cubierto de andrajos, así el buen talento no puede dejar de traslucirse aun al través de un estio desaliñado y tosco.

„Una obra es, generalmente hablando, el espejo ó retrato de su autor.“ Proposición es esta de que han sacado algunos muy falsas consecuencias, pues entiendo que si el demonio mismo hubiese de escribir un libro, haría en él una apología de la virtud, que comprarían los buenos para aprovecharse de ella, y los malos para pura ostentación.

Entre las maravillas de la creación, no hay tal vez otra que los mismos ángeles miren con mayor asombro, que un mortal soberbio y orgulloso.

Maravillanse algunos de que las disputas en que se versan opiniones, terminen por lo común en personalidades, cuando lo cierto es, que las tales disputas comienzan por personalidades, pues nuestras opiniones son parte de nosotros mismos.

Nada hay tan difícil de definir, ni que mas paradojas encierre que el tiempo: el pasado ha desaparecido, el futuro no llega aun, y el presente se convierte en pasado mientras que procuramos definirlo, á semejanza de un relámpago que en un solo instante existe y deja de existir. El tiempo es el regulador de todas las cosas; pero él mismo es inmensurable, es el descubridor de cuanto existe, sin que nadie pueda levantar el velo que lo cubre. Es incomprendible como el espacio, porque no tiene límites, y lo sería aun mas si los tuviera. Es mas obscuro en su origen que el Nilo, y lo es en su término aun mas que el Nígen, avanzando en su marcha cual leña mareca y retirándose con mas velocidad que un impetuoso torrente. Da alas de relámpago al placer y piés de plomo al dolor, pone freno á la esperanza, al goce le da espuela, y erige monumentos al mérito, mas le niega un hogar. Es el momentáneo adulator de la Mentira, pero tambien el fiel y constante amigo de la Verdad. El Tiempo es el mas sutil y el mas insaciable de los ladrones, pues pareciendo que para sí no toma nada, le dejamos tomar todo, y no estará satisfecho hasta que nos haya robado al mundo y el mundo á nosotros. Inhye constantemente venciendo todo en su fuga, y aunque por ahora es aliado de la Muerte, al fin llegará á ser su contrario y vencedor. Es el tiempo cuna de la esperanza y sepulcro de la ambición, severo

maestro de los necios y sabio consejero de los entendidos. La Sabiduría le precede en su marcha, va á su lado la Oportunidad y tras ellos el Arrepentimiento.

¿Por qué acontece tan á menudo que se quejan las gentes de tener flaca memoria y nunca de su escaso entendimiento? Porque han oido decir que hay muchos hombres de claros ingenios que tienen el defecto de ser poco memoriosos, ó quizá sea porque nada abunda tanto como los necios dotados de excelente memoria.

Los rayos que despidе la vigorosa mente de Lord Byron, no tienen por objeto consolar sino consumir; y como Neron, nos halaga este autor el oido con alguna melodía, para consolarlos del espantoso incendio que ha causado.

Tres modos hay de conllevar las penalidades de la vida: la filosofía, que es el mas ostentoso, la indiferencia, que es el mas común, y la religion que es el mas eficaz.

A medida que estudiamos la historia, aprendemos á tener en poco sus temas ó argumentos, y el conocimiento que de ella adquirimos suele costarnos el desprecio conque luego vemos á la especie humana.

El amor es un volcan al cual jamas se aproximan demasiado los sensatos; no sea que por motivos mucho menos filosóficos que Empédocles, se deslizen al abismo dejando tras sí algo mas curioso y significativo que una pobre chinela.

Las dos cosas que mas acá de la tumba tiene el hombre en mayor estima son la honra y la existencia, y es digno á la verdad de lamentarse que una habilla despreciable, una sola palabra, nos pueda privar de la primera y la mas débil arma de la segunda. Así, pues, un hombre discreto anhelará mas por hacerse acreedor á la honra que por obtenerla, y conseguirá entónces vivir de tal manera que no tema el morir.

La filosofía es á la poesía lo que la vejez á la juventud, pues las severas verdades de la filosofía son tan fatales para las ficciones de la una, como los frios testimonios de la experiencia, lo son para las esperanzas de la otra.

Sucedе con la honra, en cierto modo, lo propio que con la hacienda. Aquellos que tienen una ú otra, generalmente se curan menos de lo

que piensa el común, que los realmente pobres ó brilones, que pocas veces conviene al necesitado pasar plaza de tal, y al malvado jamas.

La pereza nos hace ignorantes en la juventud, y el orgullo en la edad varonil, porque nos da vergüenza el preguntar. Si en la sociedad nos viésemos constantemente obligados á concurrir con mugeres de esmerada educación, ese mismo orgullo nos haría sacudir una ignorancia que al presente no hace sino fomentar.

La felicidad terrestre es una fantasma de la cual se habla mucho pero que se deja ver bien poco. Hacemos constantemente promesas y constantemente las quebranta; pero nosotros perseveramos en creerlas. Nos alucina con el sonido en vez de la substancia, y nos dá flores en lugar de frutos. No hace la fortuna mas caso de los reyes que de sus vasallos; pero si lisongea la vanidad de los primeros con el vano aparato de una visita enviando á sus palacios todo su equipage con toda su pompa y su magnifico tren, sin ir jamas ella misma; porque gusta mas bien de viajar incógnita y de entrar en alguna humilde choza donde pueda participar de unacómida frugal, y tener á solas entrevistas con su amigo y compañero el contento.

El que acorta y facilita la senda del saber, alarga la vida en la misma proporcion; debemos mas de lo que pensamos á aquella clase de escritores á quienes llamó Jobson „los peones de la literatura.“ destinados á escombrar y hacer á un lado los tropiezos para que puedan pasar los heroes que se encaminan á la fama y la victoria, quienes ni siquiera se dignan echar una mirada á aquellos humildes operarios que han contribuido á su elevación abriéndoles el paso.

Buscamos la sociedad de las damas para recrearnos, que no para instruirnos; y por eso nos agrada mas la de aquellas que gustan de hablar que la de otras que permanecen silenciosas; pues si las primeras discurren y hablan bien, quedamos doblemente complacidos de beber doctrina en manantial tan claro y apacible; y si á las veces se desvian en sus razonamientos de la recta razon, no deja de lisonjear nuestra vanidad poder de nuevo encaminarlas; por eso quisiera yo que las damas usasen de alguna menos reserva en su conversacion, no obstante la sátira de aquel que dijo con menos urbanidad que agudeza: que las mugeres eran al revés de sus espejos, por-

que estos reflejan sin hablar y ellas hablan sin reflejar.

Dos modos hay de adquirir celebridad como autor; el descubrimiento ó la conquista: verificase lo primero cuando se dice lo que nadie ha dicho, con tal que no solo sea nuevo sino cierto; y lo segundo cuando se repite lo ya dicho por otros, pero con mas agudeza ó mayor brevedad y brillantez.

Si cada generacion sucesiva que elogia la pasada y dice horrores de la presente, tuviese razon, cuan buenos debiamos suponer que fueron los hombres en las primeras edades del mundo, y cuan perversos debían ser ahora; pero en el primer supuesto el diluvio de agua no habria sido necesario, y concediendo el segundo, es claro que apenas bastaría hoy para nuestra enmienda un diluvio de fuego.

En la clase media de la sociedad es donde principalmente abundan y florecen los mas delicados sentimientos y las mas benévolas inclinaciones de nuestra naturaleza, porque la buena opinion de nuestros semejantes es el mas poderoso ya que no el mas puro móvil que nos inclina á la virtud, y las privaciones que trae consigo la pobreza hacen al hombre demasiado frío é impassible, al paso que los privilegios de la riqueza le hacen sobremanera arrogante y razonador para sentir; la miseria nos somete á la influencia de la opinion, la riqueza nos sobrepone á ella.

Un escritor de mérito y talento no debe nunca esperar que le admiren ciertos autores, ó mas bien fabricantes de narcóticos que hay en el mundo; pues no pueden ensalzarle sin deprimirse á sí propios. Cuando me asomo á la ventana y contemplo la varia muchedumbre alta y baja, montada y pedestre, cuya aprobación ambicionan grangearse los autores, confieso que me ruborizo de que la sentencia de semejante tribunal me cause la menor zozobra; si de esta clase de jueces paso á examinar la que presume de mas inteligente y resabida, conozco si he de decir la verdad, que allí hay mayor fundamento para temer y menos razon para esperar, porque veo tienen los jueces pretensiones iguales á las mias, y que estas pretensiones no son ni tan humildes que puedan hacerse en un lado, ni tan poderosas que no teman entrar en competencia. Lo cierto es que la fuente de la fama es tan escasa y reducida, y tantos los que á ella ocurren, que se enturbian frecuentemente sus aguas con

ocasion de las pendencias que se suelen trabar, precisamente entre aquellos que menos esperanza debieran tener de llegar á gustarlas; pero cuya sed en manera alguna es aplacada por el conocimiento de su indigidad.

Necesita el hombre ser mas que medrano estrategico para saber dirigir y tener á raya sus placeres, á fin de estorbar que mutuamente se aniquilen; pues cada uno de ellos es vora-

cisimo y propende, como la serpiente de Aaron, á engullir á las demas. Asi es que la hebita destruye la fuerza, el fuego agota los medios, y la sensualidad estraga el gusto para disfrutar de otros placeres que aunque menos seductores son mas saludables y permanentes porque son puros.

(FIN.)

CONVERSACIONES EN LA ALAMEDA.



ENGO un humor negro que me hace insoportable á mi mismo; y parece que ahora que quisiera estar solo, mis amigos se han conjurado contra mí, pues me cercan, me importunan y no me dejan un momento libre. Pero gracias á Dios ya se fueron; podré pasearme en mi aposento, podré reir, llorar y revolcarme en el suelo: pero no me basta, es preciso respirar el aire libre del campo; pues bien está; al campo.—Pero á donde ir? ¿á donde? á la alameda, ese paseo me encanta; allí respiraré aire puro, aire que no esté corrompido con el aliento pestilente de los cortesanos.—Cajo mi sombrero y atravieso las calles con precipitacion, como si alguien me siguiera: no veo á nadie, no oigo á nadie, mi único deseo es llegar á la alameda. Ya estoy en ella, ya me paseo por sus calles, formadas de árboles frondosos que apenas dejan penetrar algunos rayos del sol; ya respiro su aire embalsamado, y la frescura que despiden los fresnos y los sauces, llega hasta mi corazón. El mucio andar me ha cansado: me sentaré en esta glorieta que está sola y no será interrumpido en mis meditaciones. Pero quienes son aquellos dos personajes que están hablando al pie de aquel alamo? Si no me engaño, uno de ellos es D. Timoteo Renacuajo, literato segun el mismo se nombra, pero de aquellos literatos de que habla Moratin, que apenas saben leer. ¡Dios mio! qué fatalidad: pues no

se les ha ocurrido venirse á sentar cerca de mí? paciencia y oigamos sus despropósitos.—D. Timoteo era el que hablaba, y le decía á su compañero.—Amigo, en este México no se puede vivir, no se aprecian los grandes talentos, yo por ejemplo, que en Europa hubiera hecho mi fortuna, como la ha hecho Chateaubriand y Lamartine, me veo precisado á vegetar en una miserable oficina; y gracias á que me ingenio y escribo algunos articulillos satíricos, (porque ha de saber V. que la sátira es mi fuerte,) pues como iba diciendo, estos articulillos se publican en los periódicos, y me pagan por ellos una corta cantidad; pero corta como es, no deja de servirme para cubrir una parte de mis necesidades.—Válgame Dios! respondió su compañero.—Pues como iba diciendo, propuse mis obras poéticas, que son bastantes, á un impresor, y por ellas le pedí la módica suma de tres mil pesos.—Válgame Dios! dijo su compañero.—Pues como iba diciendo, el tal impresor, que es un canibal, me ofreció seis ejemplares de mis obras cuando estuviesen impresas. ¡No le parece á V. que esta es una maldad!—Válgame Dios! respondió su compañero.—Pues como iba diciendo, no paró ahí su insolencia, sino que me ofreció, que si queria escribir en sus periódicos me pagaria diez pesos cada mes, y cinco y medio para cigarrones: no le parece á V. que esto es tratar á uno como á escritorcillo de rincón?—Válgame Dios! era la respuesta.—Pues como iba diciendo; mis vastos conocien-

tos en geografia, historia y bella literatura, me han dado un lugar distinguido en la sociedad.

—Válgame Dios!—Pues como iba diciendo: ahora pienso escribir una geografia de este pais: quiero hacerle este rico presente á la juventud mexicana: por via de notas quiero ponerle algunas reflexiones sobre la division de los departamentos; y demostraré en ellas hasta la evidencia que el departamento de Chihuahua debe reunirse al de Oajaca, ¿no le parece á V. que esta reunion es muy conveniente?—Válgame Dios! era la respuesta.—Pues como iba diciendo: tambien pienso escribir un compendio de historia universal, para el uso de nuestra juventud: en ella fijo precisamente la época en que Rómulo reinó en Cartago, el dia y la hora del nacimiento de Sesostris. ¿Le parece á V. bien mi proyecto?—Válgame Dios!—Pues como digo: voy á publicar en alguno de los periódicos de esta capital, las impresiones de mi viaje á Levante, en donde he adquirido multitud de conocimientos útiles, asi como mi viaje pintoresco al polo boreal. (Despues supe que él llamaba su viaje á Levante á un paseo que dió á Orizava, y su viaje al polo boreal, otro paseo que dió á Querétaro.) Fastidiado de otra tanta necesidad, y no ménos admirado del entevano que lo acompañaba, me fui á sentar á otra glorieta á donde me creí libre de importunos; pero de que uno está de malas es preciso resignarse y tener la calma de un filósofo.

Apénas me habia colocado en mi nuevo asiento, cuando se paró delante de mí un hombrecillo de edad proveceta, el cual llevaba á cuestras una abultada giba que le obligaba, mal de su grado á inclinar el cuerpo: se apoyaba en el brazo de un jóven de rostro abronzado, con polaca á guisa de barboquejo, formada de una barba que, á fuerza de menjurges habia hecho salir: es uno de los principales *dilettantis*. Como hablaban en voz alta, me fué facil escuchar su conversacion que era bastante acalorada.

El de la giba decia, aplicando su anteojo de vez en cuando á todas las jóvenes que pasaban por aquel lugar: qué muchachas tan preciosas, es lástima que no se acostumbre en este pais la poligamia; no se puede negar que en esta parte la legislacion de los turcos es muy sabia.—Es verdad, dijo su compañero.—Qué me incomoda, prosiguió el de la giba, que usen los tónicos arrastrando, daría una ley de buena gana, para que las mugeres, (de quince á treinta años, se entiende,) usasen los tónicos un poco aldos, para que mostrasen sus pulidos pies á los transeuntes.—Es verdad, contestó el compañero.

A este tiempo pasó una jóvenita, como de quince años, en cuyo semblante estaban pintados la modestia y el pudor, la cual iba acompañada de una respetable anciana, que parecia ser su mamá; pero ni la modestia de la jóven, ni las venerables canas de su compañera, fueron bastantes á contener al viejo libertino, quien inclinándola cabeza hácia la tierra doncella le dijo con aire chocarrero adios chul... no pudo acabar la frase, porque una tos importuna vino á interrumpir su galanteo.

Despues de haber locido bastante, le dijo á su compañero, que muchacha tan honita, es lástima que esa pulida flor, no hermosee nuestros teatros, nuestros paseos, nuestras tertulias; y por mi parte me ofreceria á ser su protector, porque tengo buen corazon (para con las muchachas bonitas se entiende), ¿qué dice vd. de estomi amigo?—que tiene vd. buen gusto, respondió el del barboquejo, sonriendo como, se sonrien los mequetecos.

En eso estaban, cuando pasó á corta distancia otro viejo, vestido con mucha elegancia, muy tieso y muy seco; tan seco, que al verlo creí que era alguna mómia que se habia escapado de Egipto y que se habia vestido á la última moda para venir á lucir su esqueleto en México. Esta mómia seguía á una distancia regular á una muger, que tenia todas las apariencias de una ramera: á poco andar se le acercó y le habló algunas palabras, que por la distancia á que yo me hallaba no pude percibir, pero en sus movimientos manifestaban que eran conocidos viejos.

Quise retirarme á mi casa, porque ya estaba empachado de ver y oír cosas que me desagradaban. Pero estaba escrito en el libro de los destinos que tenia que sufrir mas antes de salir de la Alameda, porque se me presentó un sujeto conocido mio, y abrazadísimo con todas sus fuerzas, que las tiene muy superiores, porque el tal hombre por poco me sofoca entre sus membrudos brazos. ¿Qué hace vd. aquí tan solito, me dijo, siempre embozado en su capa, vaya que estos jóvenitos del dia con su modestia nos avergüenzan á nosotros los viejos: sin conocer el muy zopenco que á lo que él llama vergüenzia yo le doy el nombre de pobreza. Conque cómo está V., qué dice el mundo?

—El físico ó el moral?

—Los dos.

—El físico, tal cual, aunque en lo general algo enfermizo. El moral muy mal, porque ha llegado á su colmo la degradacion de la especie humana.

—Tiene V. razon, hemos llegado á unos tiem-